

2022: Crisis de la globalización

ADAM TOOZE

Director del Instituto Europeo, Universidad de Columbia.



I. INTRODUCCIÓN

ESTAMOS ATRAVESANDO UNA ÉPOCA CONFUSA. Los titulares registran los efectos geopolíticos y económicos de la pandemia y la invasión rusa de Ucrania. Las relaciones entre Occidente y China se deterioran. Enormes desigualdades ponen en tela de juicio la viabilidad de los regímenes políticos democráticos. El reto innegable de la crisis ecológica exige tomar medidas urgentes. Todo esto plantea la cuestión del futuro de la economía mundial y la lógica de las cadenas de valor mundiales que se desarrollaron con tanta rapidez en las últimas décadas. Lo que está claro es que ya no vivimos en el mundo de la economía global despolitizada: estamos experimentando una verdadera crisis de la globalización.

A diferencia de muchos procesos históricos, éste tiene una fecha de inicio bastante precisa: en el tercer trimestre de 2007, el periódico de Zurich *Tages-Anzeiger* preguntó a Alan Greenspan, ex presidente de la Reserva Federal, a qué candidato apoyaba en las elecciones presidenciales que se avecinaban. Greenspan impactó a todos cuando declaró que su voto no importaba, porque “tenemos la suerte de que, gracias a la globalización, las decisiones de políticas que se toman en Estados Unidos se han visto reemplazadas en gran medida por las fuerzas del mercado mundial. A excepción de la seguridad nacional, prácticamente no hace diferencia quién será el próximo presidente. El mundo se rige por las fuerzas del mercado”.

El asombroso comentario de Greenspan se basaba en tres ideas:

- 1) Las fuerzas del mercado mundial *gobiernan* y su *gobernanza* es benigna.
- 2) Las diferencias políticas partidarias no tienen demasiada importancia. Estados Unidos era una democracia, pero era poco lo que estaba en juego en las elecciones.
- 3) La única distinción que reconocía Greenspan era entre la seguridad nacional y el resto de la política. Implícitamente, la geopolítica tiene un ámbito separado de la globalización.

Hoy, los tres supuestos parecen inverosímiles. Sin embargo, en 2007, la visión de Greenspan no era excéntrica. Muchos opinaban lo mismo. En la conferencia del Partido Laborista de septiembre de 2005, Tony Blair ridiculizó al ala de izquierda de su partido. *“Algunos dicen que tenemos que frenar y debatir la globalización. ¿Por qué no debatir entonces si está bien que venga el otoño después del verano?”*.

En esa época, la globalización era vista casi como una fuerza natural. Las políticas de liberalización del comercio sentaron las bases, pero luego la estrategia corporativa pasó al frente. Las cadenas de valor mundiales crecieron drásticamente en la década de 1990 y principios de la de 2000. El comercio mundial de bienes intermedios, que había oscilado en torno de un volumen equivalente al 10% del PIB mundial desde mediados de los años setenta, aumentó bruscamente a mediados de los noventa y alcanzó el equivalente al 17% del producto mundial en la década de 2010. El comercio de bienes terminados, en cambio, creció mucho más modestamente: del 7,5% al 10% del PIB mundial.

Sin embargo, fue una fase pasajera. En la década de 2010, el crecimiento de las cadenas de valor y el comercio mundiales daba muestras de desaceleración. La integración había alcanzado el límite de lo que permitían las tecnologías y regulaciones del momento. Pero, para entonces, una serie de crisis más agudas comenzaban a eclipsar la lógica de la globalización conducida por el mercado y a poner en tela de juicio toda la forma de ver el mundo de Greenspan.

En retrospectiva, resulta impactante constatar hasta qué punto se refutaron los optimistas supuestos de la era de la globalización.

Es cierto que la globalización genera interdependencia, pero no conduce a la paz. No es geopolíticamente inocente. Modifica el equilibrio de poder y, por lo tanto, puede convertirse en una importante fuente de tensión geopolítica.

La globalización genera todo tipo de beneficios, pero no es una fórmula simple para una armonía social que favorece a todas las partes por igual. Es fundamental responder de inmediato a los problemas de distribución; de lo contrario, sembrarán el resentimiento y darán lugar a una reacción de rechazo.

Es posible que, desde la década de 1970, se haya producido una revolución de mercado que generó crecimiento, ganancias y superávit para los consumidores, pero la cuestión del poder corporativo sigue ahí. El discurso en torno a los *mercados* suele ser una pantalla para ocultar la búsqueda oligopólica de lucro.

La globalización crea soluciones al *impasse* malthusiano sobre la escasez de los recursos, pero también multiplica el riesgo ambiental de un modo que amenaza con llevarnos al desastre global. El cambio climático, la pérdida de biodiversidad, la mutación de enfermedades, la contaminación y la desertificación podrían traer de regreso la pesadilla malthusiana de los límites para el crecimiento.

Las tecnologías que utilizan las empresas privadas parecen tener poderes mágicos, pero, aunque las ganancias que generan quedan en manos privadas, a menudo son el producto de financiamiento público, y no son neutrales en materia política, geopolítica ni distributiva.

La globalización colectiviza las ventajas del progreso tecnológico y el desarrollo, pero también enreda los países de todo el mundo en relaciones financieras asimétricas, sumamente inestables y poco transparentes.

La globalización que permite la circulación de las materias primas y el capital puede parecer una segunda mejor opción atractiva (la primera sería la libre movilidad de los factores de producción), pero el problema no resuelto sobre impedimento de la migración de mano de obra volverá a acecharnos tarde o temprano. La cuestión no resuelta de la libre movilidad y migración es una sombra que se extiende sobre la historia moderna.

Cuando sumamos todo esto, lo que estamos viendo en la década de 2020 es una crisis generalizada de la globalización en el sentido griego, original, de la palabra: un punto de inflexión, un momento de decisión en el que se juega nuestro destino y nuestra identidad.

Desde 2008, numerosos líderes empresariales y autoridades responsables de las políticas económicas de todo el mundo vienen descubriendo, sobresaltados, las desventajas en materia geopolítica, comercial, tecnológica, de desigualdad y de política ambiental. Y estas dificultades no aparecieron una a una: hoy enfrentamos una situación en la que todos estos problemas han explotado a la vez. Sus interacciones dan forma al modo en que los actores principales pueden responder al contexto mundial y representan lo que ha dado en llamarse una policrisis.

En mi libro *Shutdown* sobre la crisis de 2020, tomé prestado el concepto de policrisis de Jean-Claude Juncker, presidente de la Comisión Europea. Juncker acuñó el término para describir la situación de Europa

en 2014-15. La palabra encapsulaba la conjunción de la crisis de la zona del euro, la crisis de los refugiados, el choque entre Europa y Rusia por Ucrania y el doble desafío del populismo en el Reino Unido y en Estados Unidos.

Ya seis años antes, en 2008, habíamos visto la confluencia de la crisis del Atlántico Norte la guerra de Putin en Georgia, la elección de Palin por parte de McCain como compañera de fórmula, el fracaso de la ronda de Doha de la OMC, el estancamiento de las conversaciones sobre el clima en Copenhague y la falsa alarma de la epidemia de gripe porcina.

Hoy, en 2022, la lista incluiría una guerra indirecta contra Rusia en Ucrania, el distanciamiento entre Occidente y China, el *shock* de la COVID-19, la realidad cada vez más acuciante y disruptiva del cambio climático como desafío para el normal funcionamiento de la sociedad y la economía, la conciencia del obstáculo que imponen las grandes empresas tecnológicas para la democracia y los problemas ambientales que padecen muchas economías de mercado emergentes y de bajos ingresos.

La heterogeneidad de los *shocks* es lo que constituye la desorientadora originalidad de la policrisis. La pandemia, las guerras y las crisis financieras convergen en la mesa de las autoridades, pero el rasgo característico de nuestra situación actual es precisamente que estos desafíos son inconmensurables en su carácter específico.

Se podría decir que, en última instancia, todos estos problemas se originan en las tensiones y desarticulaciones que desató el desarrollo económico. Sin embargo, el desarrollo económico en sí mismo es diverso –China e India son un ejemplo claro de lo mucho que pueden divergir los caminos– y las cadenas causales que van de la urbanización a la mutación zoonótica, de la demanda energética al cambio climático y de los giros en la geopolítica de la energía a la decisión de Putin de invadir Ucrania son, sin duda, muy diferentes.

Se podría decir que, si la policrisis ahora es un desafío para Estados Unidos, puede remontarse en casi todas sus facetas al auge de China. El golpe que le asió esa economía al sector industrial estadounidense amplificó la desigualdad y preparó el terreno para la migración de mano de obra poco calificada al Partido Republicano y la victoria de Trump. Fue el auge chino el que modificó los términos en los que se libra la competencia entre las grandes potencias y el que hace que valga la pena la confrontación con Rusia. La mayor pesadilla para la gran estrategia de Estados Unidos es una coalición fortalecida entre Rusia y China. Para el gobierno de Biden, vale la pena correr riesgos importantes para respaldar a Ucrania a fin de debilitar a Rusia. El ascenso de China ha puesto en riesgo la centralidad de Estados Unidos en la economía mundial; la nación asiática no tardó en convertirse en la fuente principal de crecimiento del comercio mundial y en un socio fundamental tanto para los aliados europeos de Estados Unidos y para los vecinos occidentales de ese país. Para América Latina, la demanda china ya es más importante que la estadounidense. En la medida en que el clima ocupa un lugar real en la política estadounidense, desde principios de la década de 2000, el tema se ha visto dominado por la urbanización y el desarrollo industrial en base a carbón en China. Tal como predecían hacía tiempo los especialistas en enfermedades infecciosas, fue la acelerada urbanización china la que incubó la pandemia de la COVID-19 y dio lugar al *shock chino*.

Aunque Jean-Claude Juncker no estaba pensando en China cuando acuñó el término *policrisis* en 2016, en lo que respecta a Estados Unidos, tiene sentido leer la policrisis con China en el centro. Esa perspectiva también ayuda a justificar el planteo de que la policrisis es nueva en términos históricos. No hay antecedentes del crecimiento económico de China, de la transformación de su sociedad, del impacto ecológico de su crecimiento, de su incorporación en la división internacional del trabajo ni de su surgimiento como potencia mundial.

Puede ser tentador concluir que, ahora que el *shock* inicial del auge de China se desvanece en el devenir de la historia y que el crecimiento del país se desacelera, la era de la policrisis también podría estar llegando a su fin. Sin embargo, eso sería malinterpretar el reto al que nos enfrentamos. Incluso si el crecimiento de China se desacelera sustancialmente, recién estamos empezando a digerir la transformación que puso en marcha su ascenso desde los años noventa. La acalorada confrontación entre Estados Unidos y China por Taiwán no hace más que escalar. La guerra tecnológica recién comienza. Faltan décadas para que el clima se estabilice.

Más aún, si bien es posible que no vuelva a haber una transformación económica comparable con la de China en magnitud y velocidad, el crecimiento económico mundial en los mercados emergentes está transformando gradualmente la economía global y el equilibrio de poder. A medida que cruzan umbrales críticos del desarrollo económico y tecnológico, distintas potencias como India y Turquía cobran creciente importancia. Es muy poco probable que se repita una configuración de poder mundial como la de la Guerra Fría o el momento unipolar de la década de 1990 y principios de la década de 2000. Por mucho que se lo haya prometido, hoy en día, el mundo se está volviendo verdaderamente multipolar.

En Occidente mismo, la desconcertante intersección de las grandes empresas tecnológicas, las redes sociales y la lógica algorítmica con la política moderna no llegó a su fin, sino que recién empieza. La victoria electoral de una fuerza de centro en un país u otro no debería volvernos complacientes sobre el futuro de la democracia en general ni, en particular, en Estados Unidos. Ninguna de las grandes naciones occidentales tiene una fórmula exitosa para responder a las profundas desigualdades socioeconómicas ni para lograr la integración a gran escala de los flujos inmigratorios necesarios para resolver su envejecimiento demográfico.

Por último, el mundo está en la antesala de una transformación que podría hacer que todas las demás que experimentamos en las últimas décadas parezcan relativamente modestas. Desde una perspectiva histórica, el crecimiento de Asia y su aparición en el centro de la economía mundial no es tanto una innovación sino una restauración de un antiguo orden. Durante gran parte de la historia, la vasta y densa población asiática ha hecho del continente el centro natural del comercio y la industria. El surgimiento del poder occidental en el siglo XIX fue una anomalía que se debió más que nada a la subordinación del hemisferio oriental a la colonización occidental.

A fines del siglo XIX, Occidente también entró en la disputa por África. No obstante, los asentamientos coloniales y la integración de África en la economía mundial –fuera del comercio de esclavos, el comercio de materias primas y la extracción de recursos– fueron siempre limitados. A comienzos del siglo XXI, la integración de África en la economía mundial sigue siendo muy escasa. Hasta principios de siglo, la pobreza y la falta de desarrollo en el continente africano quedaban enmascaradas por la presencia de condiciones similares en gran parte de Asia. Todavía en la década de 1980, tanto India como China eran economías mayormente agrícolas y pobres. El crecimiento que iniciaron en los años noventa deja a África en un abrumador primer puesto como la mayor zona de pobreza y subdesarrollo persistentes. Sin embargo, África es también el continente de desarrollo demográfico más rápido. Y, en las próximas décadas, se destacará aún más como motor principal del crecimiento demográfico en todo el planeta. Se espera que la población africana llegue a 2.500 millones de personas para 2050. Con su juventud extrema, la mano de obra africana igualará a la de todo el resto del mundo excepto Asia.

Si esa población se incorpora en la mano de obra global, como lo hizo la de Asia en las últimas décadas, eso anunciará una inmensa transformación de la economía mundial, un dramático segundo capítulo de la policrisis provocada por el auge chino. En cambio, si África no se integra, eso podría dividir el mundo en función de líneas de afluencia y etnia con una profundidad sin precedentes. Esa también sería una situación signada por la crisis, que pondría en jaque la posibilidad de un desarrollo sostenible y de relieve la cuestión de la migración en las fronteras africanas.

En ese sentido, la experiencia de la campaña de vacunación contra la COVID-19 sienta un precedente alarmante. Mientras que la vasta mayoría de la población de los países ricos recibió varias dosis de refuerzo, la gran mayoría de la población africana sigue sin vacunarse. Tenemos suerte de que la COVID-19 no sea aún más letal de lo que resultó. La próxima vez, podríamos no tener tanta suerte.

Si hubiera que hacer una predicción del futuro de la policrisis, seguramente sería la siguiente: *“Todavía no hemos visto nada”*.